


Contemporáneos y otras lecturas



COLECCIÓN **HORIZONTES**

Comité editorial

Gonzalo Celorio
Concepción Company Company
Adolfo Castañón
Felipe Garrido
Fernando Serrano Migallón
Alejandro Higashi
Aurelio González Pérez

Contemporáneos y otras lecturas

Miguel Capistrán

Compilación y presentación
Sergio Téllez-Pon

ACADEMIA
MEXICANA
DE LA
LENGUA



Capistrán, Miguel

(Colección Horizontes).

ISBN: 978-607

1.

Dewey

La edición de esta obra se hizo posible con el apoyo de



EDUCACIÓN
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA

FUNDACIÓN PRO
ACADEMIA MEXICANA
DE LA LENGUA

Primera edición: 2020

D. R. © 2020 Academia Mexicana de la Lengua, A. C.
Iztaccíhuatl 10, colonia Florida, alcaldía Álvaro Obregón,
01030 Ciudad de México

Conmutador: (+ 52 55) 5208 2526
C. e.: academia@academia.org.mx
repcion@academia.org.mx
Sitio electrónico: academia.org.mx

D. R. © 2020 Universidad Veracruzana

ISBN AML: 978-607-
ISBN UV: 978-607-

Prohibida la reproducción parcial o total por
cualquier medio sin la autorización escrita del
titular de los derechos patrimoniales.


Impreso y hecho en México



Presentación

Miguel Capistrán: el último de los Contemporáneos

Sergio Téllez-Pon



Miguel Capistrán tenía tres años cuando se suicidó Jorge Cuesta. Unos años después, la leyenda negra sobre Cuesta que corría por todo Córdoba llegó a los oídos del avispado niño que ya era Capistrán y desde entonces sintió fascinación por la vida y la obra de su paisano. Lupe Marín, con quien Cuesta se casó y tuvo un hijo, fue la encargada de propagar los rumores en su libro *La única* (Editorial Jalisco, 1938); para empezar, el dibujo de la portada —obra de Diego Rivera— muestra a las hermanas Lupe y Carmen Marín con la cabeza de Cuesta sobre una charola, porque las dos lucharon por el amor del poeta; luego, ya entrado el libro en materia, Lupe Marín contaba que la madre de Cuesta abusaba sexualmente del niño y que ya mayor había cometido incesto, pues el hijo de su hermana Natalia era de él. Después, Lupe Marín se arrepintió del libro y empezó a comprarle su ejemplar a todo aquel que tuviera uno para destruirlo.

Para derribar todos esos mitos, Capistrán se propuso investigar: el párpado caído de Cuesta se debía a que de niño se le cayó a la madre y se pegó con el filo de una mesa; ese accidente, aunado a una golpiza que recibió por parte de los lombardotoledanistas, y por los experimentos que hacía y que el propio Cuesta —químico de profesión— probaba en su cuerpo, desencadenaron su “locura”. Cuesta no le quitó la mujer a Diego pues éste ya estaba con Frida, aunque sí vivían en el mismo edificio de Mixcalco núm. 12; el hijo de Natalia nació cuando

él ya se había suicidado y, finalmente, no se emasculó: en la serie de piquetes que se hizo con una cuchara, Cuesta llegó a lastimarse los genitales, así como se lastimó el pecho, el cuello, los brazos y las piernas. Un día que fuimos a visitarlo, Juan Soriano le confirmó a Capistrán que Cuesta no se había acostado con su propia hermana sino con Carmen Marín, hermana menor de Lupe y posterior esposa de Octavio G. Barreda. A principios de los sesenta, Capistrán se encontró en la Biblioteca Nacional con un joven investigador argentino llamado Luis Mario Schneider, quien también rastreaba los textos dispersos de Cuesta, así que decidieron unir esfuerzos para publicar las obras del poeta en cuatro tomos (UNAM, 1964). Con todas esas indagaciones, Capistrán se propuso escribir una biografía novelada de Cuesta, de la que publicó un fragmento incluido aquí (“Jorge Cuesta: abril es el mes más cruel”), y por la que recibió la beca del Sistema Nacional de Creadores de Arte (SNCA) poco antes de morir, de manera que ese proyecto en el cual iba a verter todas sus indagaciones quedó trunco.

Fue gracias a su pasión por Cuesta que Capistrán entró en contacto con los Contemporáneos sobrevivientes. Junto con las hermanas Galindo, Carmen y Magdalena, además de Luis Terán y Roberto Páramo, Capistrán fue alumno de Salvador Novo en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Una de las cosas que Novo le contó a Capistrán fue que en cierta ocasión Cuesta le dio uno de sus experimentos para curarlo de la gripa y que gracias a ese menjurje desde entonces no le volvió a dar jamás. Más tarde, por Novo, Capistrán pudo conocer a Jaime Torres Bodet y a José Gorostiza, “don José”, como le llamaba afectuosamente, de quien compiló su *Prosa* (Universidad de Guanajuato, 1969). Capistrán había iniciado sus estudios de arquitectura sólo para complacer a su padre, pues en realidad le habría gustado ser bailarín, me confesó la ocasión en que salimos de ver la película *Billy Elliot*.

Capistrán también frecuentaba a las hermanas de Villaurrutia, Cristina y María Teresa, quienes le permitieron entrar al archivo del poeta que Félix, el hermano menor, había depositado en el sótano de su casa en la calle Puebla, de la colonia Roma. Capistrán sabía que Villaurrutia recortaba sus colaboraciones, de manera que cuando preparaba la *Crítica cinematográfica* (UNAM, 1970) y, metido en la Hemeroteca

Nacional, no localizó varias colaboraciones fue a ver a las hermanas para que le dejaran echar un vistazo a los papeles archivados, en los que tampoco aparecían esas reseñas, hasta que un día movieron un chifónier y detrás de él cayó un estuche negro donde Villaurrutia había guardado todos los recortes de sus críticas cinematográficas. Para entonces, Capistrán, Schneider y Alí Chumacero ya habían publicado las obras de Villaurrutia, que tuvieron que trabajar a marchas forzadas porque justo cuando estaban en el proceso de edición corrieron a Orfila Reynal del Fondo de Cultura Económica (FCE). Así que una noche que estaban Capistrán y Chumacero en el Fondo de avenida Universidad revisando las galeras, el policía que cuidaba el edificio fue a ver por qué no se iban esos señores que trabajaban a deshoras; ellos le explicaron lo que hacían y, en una escena muy villaurrutiana, el policía les replicó: “¿Y por qué no viene el señor Villaurrutia a revisarlas?”.

Conocí a Capistrán en 1998, cuando iba a entregar sus colaboraciones para la revista *Equis: Cultura y Sociedad*. Muchas veces nos cruzamos en la puerta, nos encontramos en el elevador o en la sala esperando a ser atendidos por el director, y platicábamos. Una de aquellas veces, mientras preparaban un número de la revista dedicado a Novo por la aparición póstuma de *La estatua de sal* (Conaculta, 1998), Capistrán me contó que había sido discípulo de maese Novo y sorprendido le contesté que me encantaba un poeta de esa generación, Xavier Villaurrutia. Así empezó nuestra amistad. Después le dije que quería escribir una biografía de Villaurrutia, le pregunté si me podía ayudar, tomó mi entusiasmo con generosidad y me contó muchas cosas que, a su vez, le había contado Novo. En diciembre de 2000, planeamos juntos un homenaje por los 50 años del fallecimiento de Villaurrutia en el Panteón del Tepeyac, donde está enterrado, cerca de un pariente suyo y de Santa Anna. Pensamos en un evento íntimo por la fecha (plena Navidad), así que enviamos una carta a *La Jornada* anunciando el acto y la firmamos, entre otros, Alí Chumacero, Alicia Zendejas, don Pepe Delgado, Elena Poniatowska; y a mí me tocó sacarle la firma, no sin sus característicos remilgos, a Carlos Monsiváis. Además, claro, firmamos el propio Capistrán y yo. El evento que nosotros pensábamos que iba a pasar inadvertido en realidad fue un modesto éxito: nos llamó Alejandro Aura

(entonces director del Instituto de Cultura del D. F.) para ofrecer ayuda en lo que hiciera falta y a él después se unió Nacho Toscano, entonces director general del INBA. En el acto leímos algunos textos sobre la importancia de Villaurrutia y unos actores leyeron varios de sus poemas, en particular “Décima muerte”, el poema que cincuenta años antes leyó Pita Amor mientras bajaban el féretro de Villaurrutia.

Con el apoyo de las instituciones que encabezaban Aura y Nacho, y otras más que se sumaron luego, inició el grupo “Contemporáneos 100”, que se propuso conmemorar los centenarios de todos los integrantes de esa generación. Nuestra colaboración y amistad se estrechó: me invitó a ayudarlo en la curaduría de una exposición en memoria de Villaurrutia en la Biblioteca de México y, ¡oh, sorpresa!, en una nueva edición de las obras de mi venerado Villaurrutia que ahora me tocará concluir para que finalmente aparezcan en el FCE. Para esa edición de las obras de Villaurrutia que pensamos en dos tomos, capturé todas las cartas que fuimos juntos a buscar: al AGN, para consultar el archivo de Carlos Chávez, donde no había ninguna; a la Capilla Alfonsina, en la que encontramos algunas muy interesantes no sólo dirigidas a Reyes; a la fundación Cardoza y Aragón, cuyo archivo nos abrió gentilmente Andrea Huerta (la hija de Efraín Huerta) y donde tampoco encontramos nada pero sí una curiosidad que nos hizo reír mucho: cuando murió Lya Kostakowsky, Juan Soriano y Marek Keller le enviaron sus condolencias a Cardoza y Aragón, pero quien catalogó el archivo escribió algo así como: “Por la muerte de Lya Kostakowsky, el señor Juan Soriano y su esposa [sic], Marek Keller, envían condolencias”.

En nuestras largas sobremesas frente a un café también llegó a contarme sobre sus visitas a Argentina. Durante uno de esos viajes le había pasado una historia casi policiaca que quería contar en una novela; lo animé a que la escribiera, que dejara un momento sus investigaciones literarias para escribirla, pero nunca lo hizo. También en Argentina conoció a su venerado Borges (pasión que me contagió) y sobre quien compiló el libro *Borges y México* (Plaza y Janés, 1998; Lumen, 2012); le hice ver que mejor hubiera contado sobre las visitas de Borges a México, pues él tuvo mucho que ver en los primeros dos viajes y supo los detalles del último, así que el libro debía llamarse

“Borges en México”, le insistí. Por cierto que una de sus últimas apariciones fue cuando presentó la segunda edición de ese libro. En esa ocasión María Kodama hizo una declaración en contra de los supuestos poemas de Borges que Poniatowska citaba en una entrevista. Esto le ocasionó una gran angustia a Capistrán, pues el libro tuvo que ser retirado de las librerías por órdenes de Kodama.

Pocos meses antes de ganar el Premio Alfaguara de Novela con *La piel del cielo*, Elena Poniatowska nos invitó a comer en su casa y durante la sobremesa recordó que Capistrán la había invitado a dar una conferencia en el Museo de Veracruz, que entonces él dirigía. La conferencia se iba a realizar el 19 de septiembre de 1985 pero, como todos sabemos, ese día ocurrió el terremoto que devastó la ciudad de México. La impresión al enterarse que parte de su familia yacía bajo los escombros del edificio donde vivían en la colonia Roma le desencadenó la diabetes con la que vivió desde entonces. Sin embargo, no por eso se cuidaba: Capistrán comía y bebía todo lo que no debía: pan, pan dulce, vino o digestivos (¡Campari!), mientras sus amigos lo veíamos atónitos al saber el daño que todo eso le hacía. “Antes de venir me tomé la pastilla para poder tomarme una copita”, contestaba, y nosotros nos quedábamos intrigados preguntándonos ¿cuál sería aquella pastillita mágica que le permitía romper su estricta dieta? En los últimos años su salud se había deteriorado demasiado, la luz le lastimaba el ojo izquierdo, estaba más delgado y tenía que usar bastón para caminar, aunque seguía lúcido y activo como siempre: de no haber muerto, una semana después habría pronunciado su discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, que iba a versar sobre las publicaciones culturales. Su corazón sólo trabajaba al veinte por ciento, por eso un infarto inesperado lo llevó de urgencias al Instituto Nacional de Nutrición, donde finalmente falleció el 25 de septiembre de 2012.

Veracruzano de corazón, siempre reivindicaba las genealogías jarocho de personalidades literarias: por ejemplo, de Carlos Fuentes, a quien consideraba veracruzano porque, argumentaba, su papá era veracruzano, así que él prácticamente lo era; también de José Emilio Pacheco, pues parte de su familia, en la que hubo un compositor de boleros, era de allá —recuerdo que me dijo una vez. Además, participaba

entusiastamente en las actividades de los veracruzanos avecindados en la ciudad de México, pues el Patronato del Centro Cultural y Social Veracruzano otorgaba anualmente los premios Veracruzanos Distinguidos para los cuales él siempre tenía alguna atinada sugerencia de alguna persona meritoria de ese reconocimiento, hasta que una de esas noches le tocó a él recibirlo. Capistrán tenía una curiosidad sin límites: diario leía dos periódicos, *La Jornada* y *El Universal*, así que cuando hablábamos largo y tendido por teléfono comentábamos las noticias del día; siempre quería ir a la exposición que se había inaugurado por esos días en algún museo de la ciudad o quería ver alguna película de la que había leído buenas críticas, o me hacía ver algún detalle que alguien había publicado en cierta revista. Pero también repasábamos los rumores más recientes del mundillo literario (que si Fulanito dijo, que si Zutanito escribió...) a los que contribuíamos con algunas bromas, y hasta los de la farándula: si alguna actriz o actor o cantante legendario había muerto, Capistrán tenía siempre un dato curioso o una anécdota que revelar. Todo lo quería ver y saber. Este libro, con su variedad de temas y autores abordados, es un claro ejemplo de esa curiosidad y de ese gusto ecléctico.

Novo solía decir con cierto humor que Capistrán conocía mejor su obra que él mismo: si Novo tenía duda sobre dónde había publicado tal o cual artículo se lo consultaba a Capistrán y éste le decía el nombre de la publicación, número, año y ¡hasta las páginas! Con frecuencia salíamos a tomar café al Woolworth cercano a su casa o a cualquier Sanborn's a donde, por lo regular, llegaba con una sorpresa bajo el brazo, literalmente: en algún momento desvelaba su secreto y sacaba de un folder alguna hoja que contenía el inédito de alguien, un texto desconocido de alguien más, o el manuscrito de algún escritor que ambos admirábamos. Así fue como, junto con su rescate de la obra de los Contemporáneos, explotó su veta, que a la postre fue la más reconocida: la de investigador literario, ese personaje indispensable en la cultura que trae a nuestros días los papeles ocultos, polvosos y amarillentos que han quedado trasapelados en los poco explorados anales de la literatura mexicana.

Ésa es justamente la figura de Miguel Capistrán que este libro busca mostrar y confirmar. Por eso aquí se reúnen los ensayos que


publicó posteriormente a la aparición de *Los Contemporáneos por sí mismos* (Conaculta, 1994) y otros anteriores que por su tema no pudieron incluirse en ese libro. De esa manera el presente título pretende ser una continuación o un complemento de aquél. En este caso, la mayoría son textos publicados en alguna circunstancia, para presentar la obra de alguien más o conmemorar alguna fecha; sin embargo, hay muchos datos e información valiosos para el estudio de la generación de escritores a la que dedicó la mayor parte de su vida, pero también de otras personalidades literarias. Finalmente, agradezco a las hermanas de Miguel Capistrán, Julia y Francisca, y a su sobrino, Ricardo, la confianza y la generosidad para adentrarme en el archivo de su hermano y tío, y poder reunir aquí estos textos en su memoria. Gracias, también, a Jaime Labastida, Adolfo Castañón, Vicente Quirarte y Alejandro Higashi, miembros de la Academia Mexicana de la Lengua, quienes aceptaron con entusiasmo este libro de quien habían acogido en el seno de nuestra venerable institución. Gracias a todos ellos por su complicidad para poder concretar esta deuda que tenía con quien fue un entrañable amigo y generoso maestro.

Ciudad de México, diciembre de 2018



Contemporáneos y otras lecturas

Miguel Capistrán



La vocación narrativa de Novo*

Al final de la jornada que narra en *El joven*, texto memorable en más de un sentido, Salvador Novo el mozo (tenía diecinueve años en 1923, cuando lo escribió) apunta una observación que hoy, en este 2004 que se cumplen cien años de su nacimiento, muestra con claridad la rotundidad de su clarividencia:

Sería divertido que yo resultara
objeto de investigaciones.

Asimismo, a treinta años de su fallecimiento —que se ajustan este 13 de enero, a las ya numerosas investigaciones que han dado lugar tanto sobre la vida como la obra de este personaje fundamental en muchos aspectos de la vida mexicana del siglo XX— pueden emprenderse aún tantas indagaciones como facetas ofrece su figura distinguida. Además, por una disidencia marcada fundamentalmente por una preferencia sexual diferente, como se dice hoy eufemísticamente, que asumió a plenitud en un medio hostil e intolerante, como era el entorno nacional en que transcurrió su existencia. Una vida que no alcanzó a completar las siete décadas.

* Publicado originalmente en “Posdata”, Suplemento cultural de *El Independiente*, núm. 27, 10 de enero de 2004.

De esto último derivó su actitud de casi permanente beligerancia durante un periodo bastante prolongado en el que desplegó, entre sus armas defensivas, básicamente una: el lenguaje oral y escrito manejado siempre de manera sorprendente, apoyado siempre en la agudeza y el uso formidable del humor.

En fin, al margen de divagaciones, lo fructífero de los aniversarios (natal y luctuoso) que remiten al abordamiento de Novo es que tales circunstancias permiten seguir varias “líneas de investigación” en torno a quien fue cronista oficial de la ciudad de México, que conducen a reflotar sus aportaciones en campos situados más allá de los que lo hicieron una figura pública, no sólo como el de cronista, publicista, hombre de radio, cine y televisión, esto es, en todas aquellas actividades por las cuales igualmente destacó, como poeta, renovador de la prosa y del periodismo locales, animador del teatro mexicano, descubridor de talentos para la dramaturgia nacional, traductor, autor, actor y director, nahuatlato, erudito en letras mexicanas e introductor entre nosotros de autores modernos de lengua inglesa, por mencionar unas cuantas entre las que pertenecen al universo literario, aquellas en las que afloró ostensiblemente su talento y obtuvo por ello el definitivo título de Maestro.

Sobre todo, que estas conmemoraciones sirvan para que las generaciones recientes y las que vienen apuntando se acerquen a un autor imprescindible, para entender en gran medida el desarrollo de la literatura de este país.

Por lo pronto, para iniciar esta recordación novoniana, aquí van algunos textos representativos de su mester literario, pertenecientes a diferentes etapas de su proceso creador iniciado a edad muy temprana, por los cuales se puede tener un retrato aproximado de uno de los protagonistas eminentes del medio cultural del siglo XX.

Desde 1965, a raíz de una carta-reseña que publiqué sobre el volumen en que recogió José Emilio Pacheco las crónicas semanales de Novo correspondientes a *La vida en México en el periodo presidencial de Manuel Ávila Camacho*, tuve la privilegiada oportunidad de estar en cercanía con él hasta su muerte, lo que me deparó un conocimiento —de hecho a cabalidad— tanto suyo como de sus compañeros, los Contemporáneos, y del México entre 1920 y los años sesenta.

Así, entre las numerosas conversaciones que sostuvimos y aun de las revelaciones de que me hizo partícipe, la de que una de sus frustraciones —tan fuerte, decía, como la de no haber tenido un hijo— fue la de no haber incursionado dentro de la novelística, a pesar de algún intento en este sentido y de unas cuantas incursiones en el relato corto y de las opiniones favorables a su potencial como narrador con que saludaron la salida de su *Return Ticket* tanto José Gorostiza como Xavier Villaurrutia.

Sobre este punto me confió no sólo la lectura sino la copia de un “cuento” que redactó a los doce años, al pie del cual puso una mínima nota explicativa. Aun con toda la candidez y titubeo infantil que permean el intento de relato es llamativo porque revela cuán tempranamente —igual que en la poesía— pretendió dar cumplimiento a una vocación llevada a cabo de manera tan amplia y puntual y es el que se incluye aquí hoy en el homenaje que *Posdata* rinde a su memoria a los treinta años de su muerte.

De una de las publicaciones en que desde muy joven destacó y casi podría afirmarse que en mucho definió, esto es, *El Universal Ilustrado*, vale la pena rescatar uno de los escauceos narrativos, aunque no sea que más por el aire de curiosidad que resumen esas breves páginas en las que un mozalbeta mexicano hacía aparecer como personaje a Emile Faguet, el ensayista francés que para entonces no hacía mucho que había fallecido (1916).

Figura reconocida por su magisterio ejercido entre nosotros a comienzos del siglo XX, el ateneísta Pedro Henríquez Ureña fue el maestro indiscutible para Novo; al morir el ilustre dominicano, su discípulo le dedicó algunos textos recordatorios entre los que destaca el que le consagró en *Novedades*, que en ese momento fue muy bien apreciado por Alfonso Reyes, quien encontró “que no se podía decir más en menos” y citó una frase del escrito (el comentario sobre Menéndez Pelayo y Menéndez Pidal) en una velada en honor de su colega ateneísta. Por estas razones y por la historia literaria que ahí se contiene, es conveniente igualmente rescatarlo en esta propicia ocasión.

Sea, en fin, este asomo a la herencia de uno de los primeros escritores profesionales que hubo en México, una mínima forma de

recordarlo en este año que permite hacerlo formalmente; por lo pronto, él mismo, el maestro Novo, ha dado pie para efectuar una grata y breve investigación en ese vasto universo de lectura que constituye su legado.

LOS TEXTOS OLVIDADOS

Aun cuando fuerte, el impulso narrativo de Salvador Novo lo condujo a realizar unas pocas muestras —cuentos, fragmentos de relatos— de un género que muy en el fondo de su primordial vocación era, según confesión propia, el que más querría haber desarrollado a plenitud, si su capacidad para transformar en pingües beneficios cada cuartilla que redactaba no lo hubiera apartado del camino estricto de una literatura de la cual, no obstante —y por mencionar sólo ese aspecto suyo—, el amplísimo muestrario de todo lo que dejó en publicaciones periódicas es ejemplo acabado de una prosa única y magistral que le otorga por sí sola el definitivo epíteto de escritor, de gran escritor. Ya *El joven*, aquel brevísimo texto, y su *Return ticket* preludiaban al novelista que infortunadamente no se resolvió a dar el paso definitivo para serlo.

Escarceos los tuvo con la idea de un relato amplio, con la novela; prueba de ellos fue *Lota de loco*, una serie de fragmentos encaminados a esa finalidad y que aparecieron publicados en un suplemento de *Barandal*, revista en cuyo título había la referencia a los barandales de San Ildefonso en que por entonces estudiaban sus editores, los preparatorianos y futuros miembros de la generación de Taller: Octavio Paz, Efraín Huerta, Quintero Álvarez, et al.

De *Lota de loco* dejó dicho Novo: “Era una novela un tanto atrevida para la época, por eso la dejé a medio hacer”. Pero de que prosiguió en el intento de dicho experimento narrativo dio prueba él mismo al publicar en 1937 en la revista *Lectura*, que animaba Jesús Guiza y Acevedo, un ¿cuento?, ¿fragmento de novela?, que con el título de “Funcionario” incluía algunas líneas previamente utilizadas en *Lota de loco*: “Tengo el honor de acusar a usted recibo de su atento... En contestación a su oficio número...”. “Las letras surgían, erectas a la presión de sus dedos y dejaban su fuerte huella en el papel. Llovían

manchándolo, y ella lo arrancaba con un gesto decidido y seguro que producía el ruido seco con desgarramiento”.

El nombre del personaje que en *Lota de loco* era Adelaida, en “Funcionario” quedó, como puede verse, en Adela, lo que no fue finalmente sino la proyección de aquélla en el “Romance de Angelillo y Adela”, en donde el propio Novo canta la relación efímera pero profunda que vivió con García Lorca en Buenos Aires.

De acuerdo con Novo mismo —en pláticas que sostuve con él—, quiso volcar en su abandonada novela el recuerdo de ese encuentro para él tan definitivo, si bien trasmutado por virtud de la ficción, y que se le exacerbó a raíz de la muerte de Federico en 1936, igual que trató de paliar el dolor por la ausencia lorquiana, iniciando una exploración sobre las aves en la literatura, algunas de cuyas primicias se encuentran en esa revista, *Lectura*, y que años después se convertiría en su Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua.

“Funcionario” revela asimismo algunos otros, no tan encubiertos, detalles autobiográficos de Novo, y dado el carácter desconocido prácticamente del texto y dado, igualmente, lo inconseguible que resulta *Lota de loco*, hoy, como homenaje a su autor a los veinticinco años de su muerte, se exhuman ambos testimonios en estas páginas.¹

¹ Los textos de Novo fueron publicados en *Equis: Cultura y Sociedad*, núm. 8, diciembre de 1998, pp. 23-29.

Índice general

Presentación. Miguel Capistrán: el último de los Contemporáneos, <i>Sergio Télles-Pon</i>	7
--	---

CONTEMPORÁNEOS Y OTRAS LECTURAS
MIGUEL CAPISTRÁN

Se dice Antonieta y se dice Ulises	17
De La Falange a Contemporáneos.	21
Los días y los trabajos de Ulises y las consecuencias del momento.	24
Dos mujeres destacadas y de la mexicana Antonieta	29
Carta al maestro.	37
La vocación narrativa de Novo	45
Los textos olvidados	48
Jorge Cuesta: abril es el mes más cruel.	51
Villaurrutia inédito	59
Sobre Xavier Villaurrutia	63
Acerca de Xavier Villaurrutia y la pintura mexicana moderna del siglo XX y sus creadores.	69
Historia de un <i>sketch</i> desconocido.	79

Retrato en la penumbra	83
Triunfos y avatares de una revista musical	89
Telón de fondo	89
Celestino Gorostiza y su tarea de rescate de la expresión folclórica nacional	93
Acerca de las bellas artes en México y de su palacio	94
De México y el mundo en las postrimerías de los años treinta del siglo XX	96
Una contraofensiva por medio del arte	98
Primera llamada... primera	101
Los locales vientos contrarios	112
¡New York! ¡New York!	115
Telón final	119
Cerveza, arte y publicidad	123
Sobre la vigencia sin fin de un poema excepcional	129
En torno a la poesía y la prosa de José Gorostiza	131
Un “aparte” obligado: <i>Muerte sin fin</i> y un asomo a una afinidad electiva impar en la historia literaria de México: Jorge Cuesta y José Gorostiza	134
Del Grupo Ulises, Contemporáneos, Orientación, Upa y Apa y de su miembro José Gorostiza	139
José Gorostiza, el prosista	141
José Gorostiza, hombre de teatro también	143
Aquellos tiempos de controversia	147
De Alfonso Reyes y José Gorostiza	154
Sobre el Palacio de Bellas Artes	156
La música y José Gorostiza	157
Algunas otras precisiones sobre la <i>Prosa</i>	158
Nahui Olin	161
Apuntaciones acerca del <i>Periquillo Sarniento</i>	165
De México y los extranjeros en el siglo XX	179
1900-1921	185
Para recordar a don Nemesio García Naranjo	219
Sobre la creación de la Pinacoteca Diego Rivera del estado de Veracruz	223

Rosario Castellanos	227
Los lazos con México.	233
Historia de la <i>Cantata</i>	234
Encuentro con Novo	236
Una calle diminuta.	239
De José Vasconcelos y Antonieta Rivas Mercado	241
Un escrito recuperado de Arreola	247
Espejo periodístico	251
La frialdad del mármol. En la partida de Luis Mario Schneider . . .	255
En memoria de Antonio Alatorre	259